

cheeee

Se cumple hoy el trigesimotercer aniversario del asesinato de Ernesto Guevara. *Radarlibros* traza un perfil biográfico-político del joven revolucionario que adorna los tríceps de Diego Maradona (cuya reciente autobiografía se comenta en las páginas interiores) y tres intelectuales reflexionan sobre las relaciones entre romanticismo y política.

EL DÍA QUE NO LOGRÉ SER CHE GUEVARA

POR ARIEL DORFMAN A veces, cuando los días se ponen húmedos y hace mucho frío, suele visitarme un leve dolor lejano en las pantorrillas, el atisbo de una dolencia que me devuelve a ese día, casi treinta años atrás, cuando alguien me disparó en Santiago de Chile. Un hombre cuyo nombre nunca conocí y cuya cara nunca llegué a ver me llenó las piernas de perdigones y me dejó sangrando en esa calle junto al río Mapocho, inerme ante una ciudad repentinamente hostil donde tenía que encontrar pronto un doctor amigo que pudiera extraerme aquellas pequeñas balas sin informar a la policía.

Aunque parezca extraño, yo había anticipado en mi imaginación la escena de violencia que iba a vivir. Había estado escribiendo en esa época –debe haber sido agosto de 1970– un capítulo de un libro que se denominaba –juro que es cierto– *Diez variaciones sobre el tema de los tres chanchitos*.

De niño en Nueva York, durante los años cuarenta y cincuenta, yo me había criado bajo el alero de los cuentos que Disney prodigaba a jóvenes y adultos y uno de mis favoritos era el dibujo animado en que se volvía a narrar la historia de cómo *Practical Pig* –es decir, un Cerdo que portaba el inverosímil apodo de Práctico– había logrado construir, a diferencia de sus hermanos holgazanes, una casa de ladrillos que pudiese resistir los soplos y resoplidos del *Big Bad Wolf*, el Lobo Feroz. Ahora adulto, y ya un habitante del díscolo Sur de América, me había impuesto la grata tarea de subvertir la versión blandengue de Disney, explorando los recónditos significados políticos, sexuales y hasta ecológicos que se escondían muy adentro del relato original. En una de las variaciones, convertí al lobo en un rebelde con causa, un héroe dispuesto a derribar los pilares de una sociedad burguesa, un tránsfuga herido de bala que huía en busca de refugio, buscando amparo en un hogar y luego en otro para finalmente ser asesinado por un animal hermano en la última casa de todas. Detrás de esta imagen estaba mi fascinación –como tantos de mi generación– con la figura romántica del Che Guevara, ultimado en 1967 cuando intentaba sublevar al campesinado boliviano en una aventura delirante. El villano de mi narración era, por cierto, el mismísimo *Practical Pig*, al que le había conservado el nombre en inglés, para enfatizar su avaricia capitalista, su filiación con la CIA, su deseo de matar a toda costa al lobo guerrillero.

En mi existencia, como en la de tantos escritores, la ficción tiene una capacidad aterradoramente profética de hacerse realidad. Justo en el momento en que estaba corrigiendo mi *Variación número no sé cuántos* de los Tres Chanchitos, la música de la radio se vio interrumpida por un flash noticioso. La violencia de mi mundo imaginario fue detenida y replicada por la violencia de la historia cotidiana chilena: en las calles de Puente Alto, un pueblo que queda en las afueras del Gran Santiago, dos estudiantes de la escuela secundaria habían sido asesinados por la policía.

Salté de mi silla, seguro de que no era el momento para adjudicar adjetivos ni pulir concordancias verbales. Tenía yo veintiocho años y me hervía con suma facilidad la sangre, y no iba a quedarme en la casa cultivando las bellas letras mientras en las calles cercanas masacraban a mis hermanos americanos. Miles de otros chilenos sintieron evidentemente algo similar, puesto que muy pronto las avenidas se llenaron de manifestantes que protestaban contra aquella matanza. Chile era en esa época una democracia: la palabra Pinochet no era parte de nuestro vocabulario ni de nuestras pesadillas, y la policía no hizo más que lanzarnos unos gases lacrimógenos, mojarnos con las gruesas mangueras de siempre.

Escapamos de aquellos cariñosos afanes policíacos, cruzamos el Parque Forestal y el río y nos encontramos frente al Cuartel Regional de Jorge Alessandri, el candidato de la derecha chilena que, en un mes más, iba a enfrentarse como el rival más serio de Salvador Allende en las elecciones presidenciales. Lanzamos un par de gritos soeces y estábamos a punto de retirarnos cuando, desde adentro del edificio, surgió un grupo de matones que estaban armados, no de palabras groseras sino de armas más contundentes: rifles, pistolas, palos. En vez de retirarme con prudencia acelerada de ese sitio, seguí insanamente increpando a esos hijos de la gran puta a viva voz. Todavía hoy puedo volver a divisarme en el ojo de mi recuerdo, parado y vociferante y con el puño en alto como si fuera el Che Guevara en persona. O tal vez me sentí la estrella de alguna insólita película revolucionaria. Pero no era de celuloide aquella arma de fuego que alguien disparó ni fílmico el repentino aullido de dolor en ambas piernas ni menos los pantalones hecho jirones. Ni tampoco la sangre que comenzó a depositarse gota a gota sobre la vereda con esa lentitud definitiva e irreal con que sabe caer la sangre cuando es nuestra y no de otro.

Por suerte, eran perdigones, siete pequeños proyectiles desparramando su plomo en mis muslos y pantorrillas. Ni siquiera me derrumbé. Me quedé ahí, de pie como una estatua, instantáneamente sumido en un silencio casi remoto, confuso, perdido en la bruma de lo que me había pasado. Mis palabras desafiantes habían sido evaporadas por los balines.

Por suerte estaba a mi lado un amigo, Jaime Gómez. Me ayudó a tambalear hasta su moto, que no estaba demasiado lejos. Jaime era un joven poeta visionario, que combinaba maldiciones urbanas a lo Baudelaire con una tierna empatía por la claridad diáfana de la naturaleza. Pero en este caso, mi amigo dejó de lado su habitualmente afiebrada fantasía para recalar en un pragmatismo sorprendente en él: sabía Jaime que si me llevaba a un hospital se me detendría, así que era necesario encontrar otro tipo de ayuda médica.

Durante las próximas horas, mientras recorríamos la ciudad locamente como si fuéramos Dennis Hopper y Peter Fonda en *Easy Rider*, una película que estaba muy de moda en ese tiempo, mi sentido de la irrealidad del momento que vivía se acentuó con la certeza de que yo acababa de tener esta misma experiencia sólo unas horas antes en mi propia ficción. Como el Che Guevara lobo de mi relato, yo huía de las autoridades. Como él, la sangre era la señal de mi mortalidad. Como él, en los primeros dos lugares donde hicimos el intento de que me recibieran, no quisieron saber nada de mis piernas o mis penas.

Pero esto no era Bolivia y yo, por supuesto, no era el Che. Santiago era mi ciudad, la ciudad que había hecho mía, con sus montañas abrazando el horizonte y su río tan sucio y agrícola, Santiago con sus poblaciones *callampas* donde había realizado yo durante tantos años mi aprendizaje político y sus cafés donde debatíamos a Sartre y Cortázar y José María Arguedas, Santiago era la ciudad en la que me había enamorado y donde había nacido mi primer hijo, la ciudad que me había enseñado el castellano y los olores de los árboles en el verano cuando están recién regados, Santiago era el único lugar en este planeta donde yo imaginaba mi posible entierro, y Santiago no me iba a dejar morir, no me iba a abandonar, la ciudad de Santiago del Nuevo Extremo me encontraría un doctor, lo supe en medio del viento que levantaba la moto, supe que Santiago iba a cuidarme.

Y la ciudad cumplió esa promesa silenciosa. No terminé como mi personaje. Cuando finalmente descendimos de la moto frente a la casa de ladrillos del Doctor Brodsky –¿era de veras de ladrillo o estoy emborrachando mis memorias del pasado para variar este cuento y hacerlo aún más singular y coincidente?–, apenas entramos en esa casa, el Doctor, un viejo amigo de la familia, nos acogió con su característica benevolencia y me avisó que mis heridas no eran demasiado serias. No moriría como el Che Guevara, extendido sobre un camastro, capturado por una cámara que lo transustanciaría en una figura de Cristo crucificado para asombro del mundo entero. Por el contrario, mientras el buen doctor me fue curando las heridas, más bien me retó con una severidad que ni el Che ni menos el lobo hubieran encontrado tolerable. *Tienes que tener más cuidado, Ariel. No arriesgarte así como así*. Y no fue el único en encararme.

Durante los próximos días, cojeé en forma ostentosa, más de lo que hacía falta. Le mostré a quien quisiera verlas mis siete minúsculas escoriaciones, denuncié a los matones derechistas que se habían ensañado con este pobre inocente desarmado, me proyecté como un mártir de la Revolución, hice eso y mucho más, pero sabía perfectamente bien que yo era un tonto, un torpe, un mentecato. Un punto que mi esposa, Angélica, me machacó hasta la saciedad. Cada vez que me cambiaba cada una de mis siete vendas, me hacía ver las consecuencias de ese postizo heroísmo. Podía haber perdido los ojos, esos balines podrían haber alcanzado mis pulmones o los genitales. Estuve a un tris de quedar cojo de por vida: hubiera bastado que uno de los perdigones hiciera estallar una de las rodillas. Y todo, ¿para qué? ¿Qué había logrado con mi rabieta infantil? Los dos estudiantes habían muerto y mis heridas no iban a resucitarlos. El cobarde que me había disparado seguía por ahí, libre como antes, más que dispuesto a seguir apretando el gatillo, como descubriríamos a nuestro pesar en los años de dictadura que se avecinaban.

Qué fácil ser héroe cuando uno es chico. En mi infancia en Nueva York, había jugado a la violencia. Bastaba con apuntar con el dedo y abrir la boca y salían sonidos tremendos: *pum, pow, katchoo, bang*, el idioma universal de los sueños de los pequeños machos en todo el mundo. Corría entre mis amigotes y rivales matando y siendo muerto sin misericordia de una u otra parte, gángster, indio, *cowboy*, guerrero, era cosa de que el dedo extendiera su dominio y la lengua lanzara sus onomatopeyas.

Ahora había descubierto que la violencia no es un juego y que las balas son las hermanas más permanentes del silencio y no del estruendo. Era hora de madurar.

Los años que siguieron estuvieron marcados por la revolución democrática de Salvador Allende y por la vesania del general Pinochet y, para mí, un largo exilio de casi dos décadas. Esos años me enseñarían más acerca de la violencia y la supervivencia de lo que hubiese querido saber nunca, esos años me ayudarían a descubrir cuándo hay que huir y cuándo hay que enfrentar al adversario, cuándo la solidaridad puede derrotar el terror, cuándo las balas son incapaces de acallar al rebelde, cuándo hay que responder con palabras a esas balas.

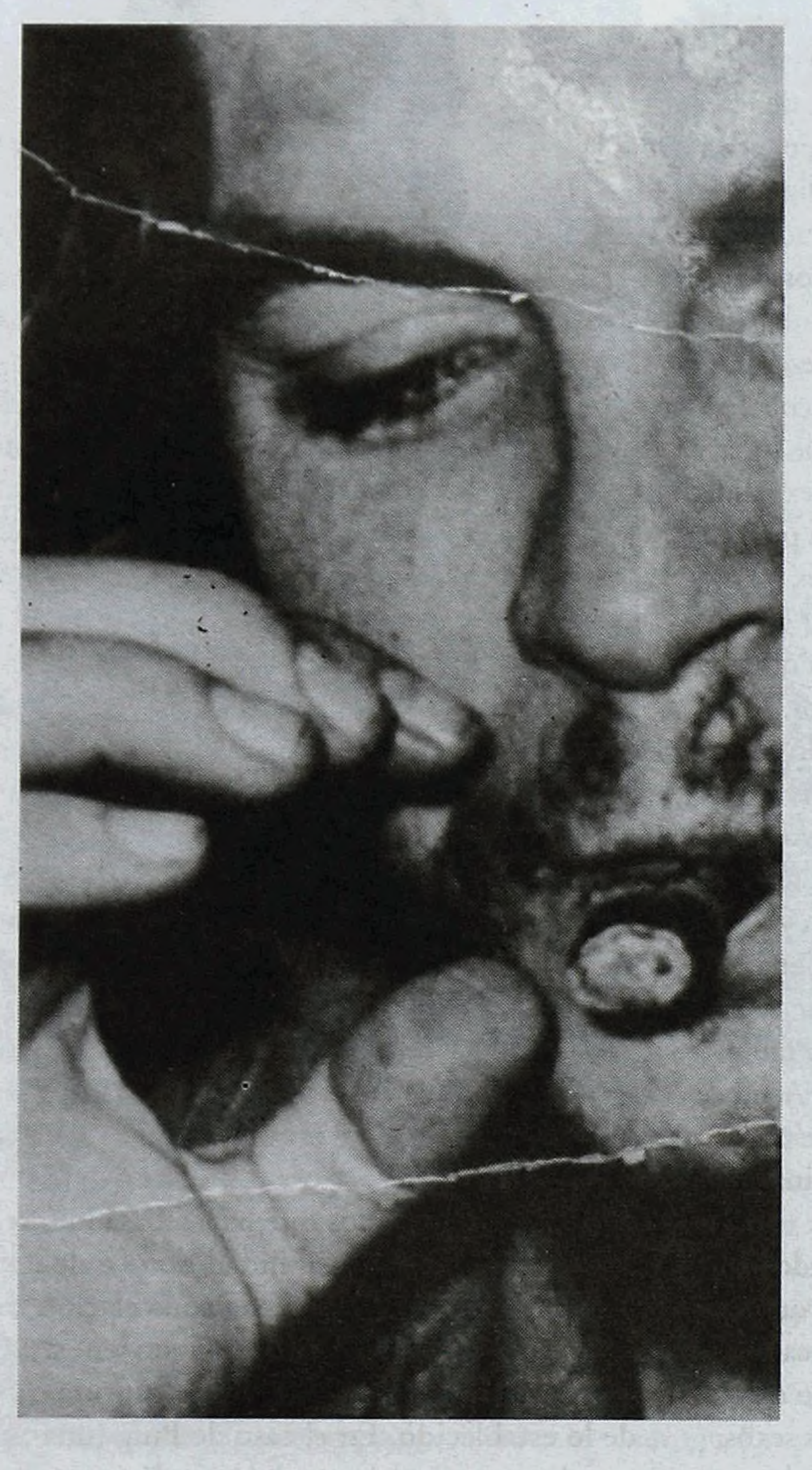
Nunca publiqué aquel relato acerca de los tres chanchitos y el lobo al que ultimaban, esa historia en que anticipé mi propia aventura.

Pero el Che Guevara no dejó de rondarme. Los métodos que utilizó en su lucha, su fanatismo revolucionario, su culto del martirio, se hicieron cada vez menos atrayentes con el tiempo, pero las razones por las que se había alzado, por las que había entregado su vida, no desaparecieron. El mundo siguió siendo un cúmulo de injusticias y desigualdad, donde los niños se morían de hambre y a los pobres se los masacraba y la avaricia se consideraba la máxima virtud. Y fue así que, perseguido todavía por la imagen del Che, terminé incorporándolo a mi última obra de ficción. Inventé un personaje, Gabriel McKenzie, al que se lo había concebido –o eso decía, por lo menos, su madre– la noche de 1967 cuando a Guevara lo estaban enterrando en Bolivia. Pero no cometí el error de forzar a mi protagonista a imitar mi propia fantasía juvenil de convertirme en el Che. En vez de eso, mi Gabriel resultó ser cínico y pusilánime, tratando desesperadamente de escapar al ejemplo del hombre que había muerto en Valle Grande el día de su concepción, absolutamente indiferente a toda acción social redentora. Decidí que el problema de Gabriel no sería que el mundo estuviese repleto de mendigos y abusos y prejuicios, sino que, teniendo ya la edad de veintitrés años, todavía era virgen.

Su obsesión no es subirse a una barricada para construir el cielo en la tierra, sino que, más bien, encontrar otro tipo de cielo, una chica a la que amar bajo las estrellas. Entre otras cosas, deseaba yo examinar las posibilidades de todavía ser rebelde en un mundo donde ya no existía un Che Guevara, donde ese guerrillero se había transmutado en una imagen, un icono, una camiseta. Me pregunté si el Che tendría algún mensaje de ultratumba para mi protagonista neurótico, apolítico y virginal, para su lejano ahijado Gabriel.

Así que treinta años más tarde, finalmente pude introducir al Che Guevara en mi obra literaria. Tal vez a él no le importaría que sea un personaje en una comedia picaresca, una farsa dedicada a icebergs y nanas y equívocos en un país cuyos habitantes se mienten a sí mismos tanto que ya no alcanza a saber lo que es y no es verdad. Tal vez el Che está cansado de que siempre se lo retrate en historias trágicas donde las balas vuelan y la sangre revienta. Y tengo la definitiva esperanza de que esté contento, dondequiera que él se encuentre, de que no repetí su destino en ese insólito año 1970, que no lo seguí en su viaje hacia la muerte cuando alguien cuyo nombre nunca supe me disparó y sobreviví para transmitir esta historia. Espero que esté contento de que cuente esta historia y tantas otras.♣

Héroes románticos



POR BEATRIZ SARLO

La llegada a La Habana, en enero de 1959, de los jóvenes que bajaban de la sierra para derrocar a Batista inició una década romántica. Los guerrilleros habían comenzado su lucha en condiciones que no hacían prever esa victoria. Tres cualidades los distinguían: la inspiración, la juventud y el voluntarismo.

INSPIRACIÓN Como no se había calculado la victoria sino que, de manera más simple, se había creído en ella, la inspiración (una cualidad poética) impulsó los actos de los revolucionarios. Naturalmente, la inspiración no excluye la inteligencia ni las convicciones. Lo que digo es que para ellos mismos y, sobre todo, para quienes los miraban desde fuera, esos hombres actuaban captando las vibraciones del momento. Inspirados, se movían en la arena nacional e internacional con la seguridad de quien se siente conducido por una corriente que lo desborda y lo anima como un espíritu.

Eso es la inspiración: un "poder hacer" que se recibe, una adivinación del camino a seguir y una creencia sin fisuras. La inspiración es visionaria. Los actos del Che, en la década siguiente, fueron actos inspirados, lo cual no excluye que él los presentara en sus escritos como estrategias. Por supuesto, los giros veloces en la política, las decisiones tomadas de la noche a la mañana tienen de la inspiración su aspecto improvisado y arrebatador. La inspiración es un mandato que desafía el peligro.

JUVENTUD Fueron, como se ha dicho tantas veces, hombres muy jóvenes. El Che murió a los 39 años. Había sido el dirigente más importante de Cuba, después de Fidel Castro, y luego una figura misteriosa que se deslizaba, como una sombra revolucionaria, desde Africa a América Latina. Su prestigio como líder igualó, en aquellos años, al de los veteranos de varias guerras populares y antiimperialistas.

La juventud no es una cualidad accesoria sino la marca de un cambio cultural en la política. Antes de Fidel y el Che, la Reforma Universitaria había afirmado ese carácter protagónico de la juventud, sustentado en una cualidad propia de la edad y no sólo de las ideas. La Reforma había hablado del "idealismo" de la juventud, que cerraba paso a la negociación. Inconciliable, la juventud garantizaba, como una esencia, la pureza de los principios. Después de la Reforma Universitaria, fue la revolución cubana la que recició estos temas ideológicos.

"Quiero lo que quiero ahora mismo" es la consigna de los jóvenes, de aquellos que paradójicamente tendrían todo el tiempo por delante.

VOLUNTARISMO Esa consigna prendió fuego en el cuerpo del Che. Lo condujo al salto voluntarista. Los límites de lo real no son las condiciones dentro de las que se trabaja para el cambio, sino el obstáculo que debe ser detonado en cualquier circunstancia.

Frente a los viejos partidos comunistas que habían postergado la acción extrema en nombre de que las condiciones objetivas no estaban dadas, el voluntarismo pasa por alto esas constricciones. Cuando el comunismo devenía pacifista, los revolucionarios cubanos sostenían que los enfrentamientos armados eran inevitables.

En esto, también, fueron románticos. Así pensaba Fichte, por ejemplo, en la Alemania de fines del siglo XVIII: "El término necesidad contrae mi corazón dolorosamente". Opuesto a esa necesidad de las cosas, de las relaciones de fuerza, de las condiciones ideológicas y políticas, el Che definió al "hombre nuevo": un tipo psicológico y moral tanto como una ideología, cuya fuerza subjetiva podía contradecir la inercia de lo real.

Su asesinato por el ejército boliviano fue el fusilamiento de un prisionero, un acto vil. Pero su muerte tuvo la tragicidad de lo –inevitable. La imaginación romántica dominó la política revolucionaria cuyas acciones respondían a una fuerza (inspiración, desafío de las condiciones objetivas) que no debía ser refrenada. El sentido de la historia, por otra parte, aseguraba (en contra de viejas creencias marxistas) que una derrota no era el fin sino el renacimiento. Con este sentido, que tenía mucho de religioso, de un nuevo comienzo, el sacrificio de Guevara fue el camino que recorrieron miles en los años que vendrían después de que se liquidó la guerrilla de Santa Cruz de la Sierra.♣

Vidas ejemplares

POR CLAUDIA GILMAN Ernesto Guevara de la Serna, más conocido como el Che, encontró su destino cuando se encontró en México, un día de julio, agosto o setiembre de 1955 (la historia vacila en ese dato) con Fidel Castro y se embarcó bajo su liderazgo en la gesta que culminaría con el triunfo de la Revolución Cubana. En 1965, y todavía hoy, la gran pregunta envuelta en el misterio es por qué se fue de Cuba. Los innumerables biógrafos del Che aventuran las más variadas hipótesis, avaladas o negadas por los archivos de la CIA, la KGB y una serie proliferante y contradictoria de testimonios. Es posible que la intransigencia o el purismo revolucionario del Che no se avinieran con los requerimientos más tácticos de la política. Como su amor por la disciplina y el trabajo, su desprecio por la cobardía y su renuncia a todo privilegio, también es legendaria su ausencia de todo tacto diplomático.

Pero también es cierto que parte del destino del Che estaba escrito en la *Segunda Declaración de La Habana*. En ese discurso pronunciado en febrero de 1962, Fidel Castro afirmaba que la revolución era posible y que en el mundo contemporáneo no había fuerzas capaces de impedir el movimiento de liberación de los pueblos. Y agregaba una frase que muchos repitieron por entonces, pero que sólo el Che encarnó hasta sus últimas consecuencias: "El deber de todo revolucionario es hacer la revolución".

Convencido de que Cuba no podía ser una excepción y de que la consigna militante era, como sostenía en su *Mensaje a la Conferencia Tricontinental*, "crear dos, tres, muchos Vietnam", esa asunción del deber de todo revolucionario condujo al Che primero al Congo y más tarde a Bolivia, donde intentó, bajo condiciones extraordinariamente adversas, encender el fuego de la revolución en los países castigados por el atraso y la miseria.

En ese entonces, no era el único que confiaba en la inminencia de la revolución ni en los duros caminos que conducían a ella. En esos años de "calentura histórica", como los llamó David Viñas, Jean Paul Sartre, en su prólogo al libro de Fanon, escribía: "Ninguna dulzura borrará las señales de la violencia; sólo la violencia puede destruirlas" y el senador norteamericano Robert Kennedy advertía: "Se aproxima una revolución en América latina". En otras palabras, el Che no estaba solo ni era simplemente el icono pop de boina negra cuya mirada hoy nos interpela desde afiches y remeras.

Guevara fue una presencia querida y temida. Sus consignas de lucha inspiraron canciones, textos, actitudes y tareas a quienes lo sucedieron. Prácticamente no existe un debate o manifiesto intelectual que no cite alguna de sus frases. La muerte heroica del Che gatilló una cascada interminable de mala conciencia en quienes no asumían enteramente el deber de todo revolucionario del modo en que él lo había asumido. Cuando un escritor se lamentó en La Habana ante Guevara de no encontrar el modo de conciliar su tarea específica en la literatura con su misión revolucionaria, el Che le preguntó: "Y usted qué hace?". Su interlocutor le respondió: "Soy escritor". Guevara zanjó el asunto replicando: "Ah, yo *era* médico".

No es sorprendente, pues, que cuando finalmente se confirmó la noticia de que Guevara había sido fusilado en Bolivia, los correos de lectores de los periódicos latinoamericanos se saturaran de cartas donde acongojados remitentes expresaban su voluntad por luchar como Guevara o su vergüenza por no haber caído como él, ni que esos lectores reprocharan a conocidos escritores que publicaron una incesante catarata de poemas y textos de homenaje al Che, de colocarse en la cómoda posición de glorificar a un héroe en lugar de seguir su ejemplo. Como escribió un lector: "Ernesto 'Che' Guevara, tu tumba nos inspira, nos da valor y... miedo".

En el texto que finalmente fue su testamento político, "El socialismo y el hombre en Cuba", Guevara manifestaba su confianza en que la construcción del socialismo diera como resultado un hombre nuevo, más pleno y más responsable. Las exigencias morales del Che, que no se evitó a sí mismo, tienen algo de inhumano para el común de las personas, ya que no toleran la debilidad: "Si un hombre piensa que, para dedicar su vida entera a la revolución, no puede distraer su mente por la preocupación de que a un hijo le falte determinado producto, que los zapatos de los niños estén rotos, que su familia carezca de determinado bien necesario, bajo este razonamiento deja infiltrarse los gérmenes de la futura corrupción". El sacrificio, el Che lo reconoce, es elevado pero no imposible para los hombres nuevos que lentamente nacerían en el proceso de construcción del socialismo y cuyo perfil, todavía borroso, podía vislumbrarse en la actitud de los combatientes de la Sierra Maestra.

Cuando escribe ese texto, el Che es, ya, el hombre nuevo que anuncia y que espera. El carácter querido y temido de su presencia reside en una ejemplaridad sacrificial a la que no tiende siempre la naturaleza humana (si existe algo parecido).

"El socialismo y el hombre en Cuba" es uno de los textos fetiches y oraculares de la intelligentsia latinoamericana de los combativos años sesenta y setenta (de la porción de esa última década que quedó del otro lado de las grandes derrotas populares del continente). Ese texto sirvió a los escritores del continente para legitimar sus búsquedas experimentales, citando la superior autoridad del Comandante, ávido y sofisticado lector, que condenaba las recetas del realismo socialista, la simplificación, la anulación de la "auténtica investigación artística". "No se puede oponer al realismo socialista la 'libertad', porque ésta no existirá hasta el completo desarrollo de la sociedad nueva; pero no se pretenda condenar a todas las formas de arte posteriores a la primera mitad del siglo XIX desde el trono pontificio del realismo a ultranza".

Pero también descerrajó sobre ellos una acusación que volvería una y otra vez a avergonzarlos en los ríspidos debates políticos y literarios de esos años. Según el Che, "la culpabilidad de muchos de nuestros intelectuales y artistas reside en su pecado original; no son auténticamente revolucionarios". Los acontecimientos de Bolivia fueron sal en la llaga de ese pecado original atribuido por el Che a los intelectuales y desde entonces autoasumido como una culpa pequeñoburguesa que los obligaba, como reconoció más tarde Cortázar, a quedar "fuera del juego".

El dolor que provocó a muchos la muerte de Guevara fue tan avasallante como la oleada de antiintelectualismo que sacudió a los escritores de izquierda, haciéndolos dudar de la legitimidad de una tarea que aparentemente no implicaba riesgos, idea que fue tristemente desmentida cuando las dictaduras de la región evaluaron que la palabra también era peligrosa y actuaron en consecuencia. Pero ése es capítulo de otra historia. No de la que terminó el 9 de octubre de 1967 con la vida del Che, un héroe de nuestro tiempo.♣

NOTICIAS DEL MUNDO



◈ Desde julio está en Internet el ciclo de teatro leído de autores hispanoparlantes Les Movidas Theatrales. Los interesados en participar deberán enviar textos cortos (30 minutos como máximo) a **infatigables.navigateurs@cybercable.fr.** para próximas lecturas en la web. Felicitaciones a los infatigables navegadores por la excelencia de su página.

◈ Convocado por la Universidad del País Vasco, el XII Certamen Literario Alberto Magno de Ciencia Ficción cierra la inscripción el próximo 15 de octubre. Los originales deberán tener entre 30 y 50 páginas mecanografiadas. El ganador se hará acreedor a un premio de 500.000 pesetas. Mayores informes en XII Certamen Literario Alberto Magno de Ciencia Ficción, Facultad de Ciencias, Decanato Apdo. 644, 48080 Bilbao, España.

◈ Convocado por Club Pipo, se encuentra abierto hasta el próximo 31 de octubre el Concurso Mundial de Cibercuentos de Pipo, que otorga 1.200.000 pesetas al ganador. Más información en **www.pipoclub.com.**

◈ Casa de América y Lengua de Trapo anuncian que el próximo 22 de octubre vence el II Premio Casa de América de Narrativa Americana Innovadora, cuyo primer premio, además de la publicación, trepa a 1.000.000 de pesetas. Los originales en castellano deberán tener una extensión mínima de 140 páginas. Pueden solicitarse las bases a **trapo@teleline.es** o **ateneo@casamerica.es.**

◈ Quienes atesoren todavía alguna novela inédita de por lo menos 150 páginas escrita en castellano podrán presentarla antes del 1° de diciembre próximo al V Premio Primavera de novela convocado por Espasa Calpe y El Corte Inglés. El ganador se llevará la bonita suma de 30.000.000 de pesetas. Los originales deben enviarse por triplicado a la editorial Espasa Calpe (Carretera de Irún, Km. 12.200 - 28049 Madrid, con la referencia "V Premio Primavera de Novela").

◈ No todo es prosa del mundo en el universo de los concursos. El Ayuntamiento de Majadahonda pone a disposición del ganador del XII Premio de Poesía Blas de Otero 650.000 pesetas. Los interesados deberán enviar un poemario de entre 700 y 1000 versos escritos en castellano, por triplicado, antes del 20 de octubre próximo, a Casa de Cultura Carmen Conde (Plaza de Colón, s/n, 28220 Majadahonda, Madrid).

◈ El Instituto Cultural Iberoamericano Mario Vargas Llosa y la revista literaria La Casa Verde convocan a su primer Premio Internacional de Relatos "Los Cachorros". Los interesados podrán enviar originales inéditos con una extensión mínima de 80 páginas y máxima de 100 en tres copias antes del 12 de octubre próximo a las oficinas del Instituto Cultural Iberoamericano Mario Vargas Llosa. Lo feo del asunto es que el costo de la inscripción es de U$S 15. Se entregará al titular del trabajo ganador un premio indivisible de 3.000 dólares. Los envíos deben dirigirse al Instituto Cultural Iberoamericano Mario Vargas Llosa (C/ Gonzalo de Berceo, 3 Local, 28017 Madrid) y los reclamos de mayores precisiones se aceptan en la dirección **editorial_lcimavall@hispavista.com**

Kitsch, gay, camp

CAMP Y POSVANGUARDIA MANIFESTACIONES CULTURALES DE UN SIGLO FENECIDO
José Amícola
Paidós
Buenos Aires, 2000
230 págs. $ 16

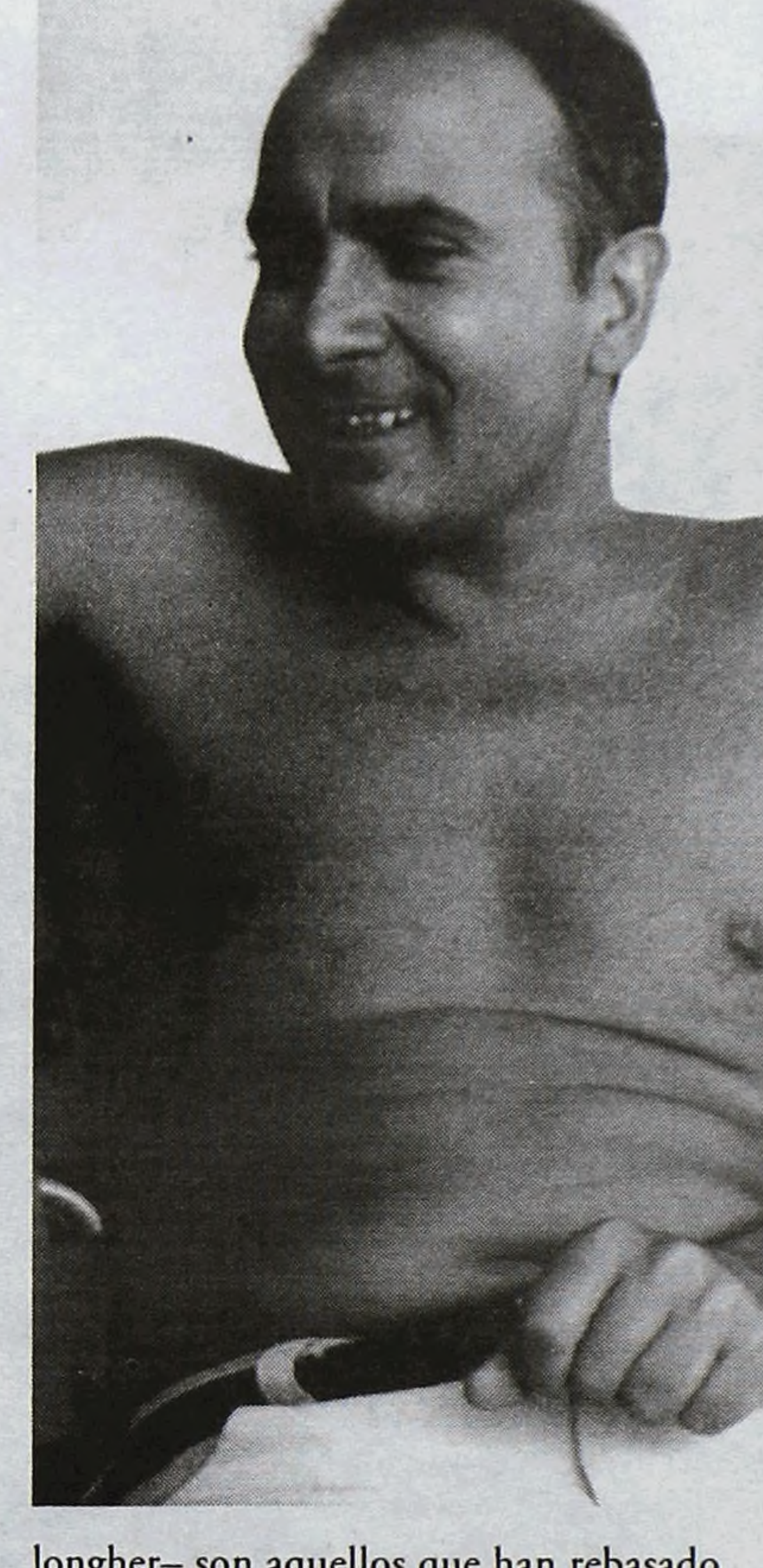
POR CLAUDIO ZEIGER Hubo un tiempo que fue contestatario –los años 60 y 70– y hubo un libro que por primera vez en forma sistemática y seria, después de Freud, vino a reflexionar sobre la sexualidad: *Historia de la sexualidad* de Michel Foucault. Y hay una manera de leer la literatura argentina que trata de abrirse paso entre la aceptación de un canon (centrado en Borges) y la tentación de empezar a establecer un canon alternativo (centrado en Manuel Puig). Todo esto y mucho más, pero sobre todo esos son los presupuestos de los que parte el libro de José Amícola, profesor de la Universidad de La Plata, autor de varios libros (*Sobre Cortázar*, *Astrología y fascismo en la obra de Roberto Arlt*, *Manuel Puig y la tela que atrapa al lector* y *De la forma de la información*) para enfrascarse a continuación en una constelación de conceptos culturales, estéticos y políticos: el autor pone a funcionar *camp*, *kitsch*, *gender* y *parodia* en diferentes artículos enhebrados a partir de una preocupación persistente por la literatura argentina y latinoamericana.

En primer lugar, podría decirse que *Camp y posvanguardia* busca hacer la arqueología de un ramal de la cultura *gay* cuya impronta latinoamericana sería el neobarroco (acuñado en el ámbito rioplatense por Néstor Perlongher en una versión enlodada, baja y lujuriosa, que él denominó *neobarroso*) y, en ese sentido, reivindica –peleándose un poco contra las ya clásicas *Notas sobre el camp* de Susan Sontag, que le adjudicaban más frivolidad de la que Amícola está dispuesto a admitir– el carácter politizado de dicho estilo. Menor protagonismo tienen en el libro el *kitsch* y la parodia, y más bien cobran temperatura las consideraciones sobre género y la búsqueda de una definición de la posvanguardia como momento actualísimo de la modernidad.

Amícola dedica varios pasajes de su ensayo a revisar esta constelación y a repasar algunos hitos de la lucha por los derechos de las minorías sexuales desde los años 70 en adelante. Una vez establecidas las bases del conjunto, se puede pasar más tranquilamente a revisar la constelación de nombres literarios que entran en juego en esta indagación sobre el canon, y si bien hay unos capítulos dedicados en su totalidad a la obra de Puig, Copi y Perlongher, nos permitimos empezar por el caso de Julio Cortázar. A él, Amícola le dedica un brillante artículo en el que indaga las formas de representación de la sexualidad en varios de sus textos. Y desde esta perspectiva del análisis, llega a una hipótesis que vale la pena destacar: "No debe causar asombro que la sexualidad presente en la obra de Roberto Arlt haya hecho a este autor invisible para el 'canon argentino' sentado por Borges, y que Cortázar haya pertenecido al grupo de aquellos que, aunque subyugados por la marginalidad de Arlt, no pudieron abandonar completamente el canon principal". La idea es estimulante: ya no sería el remanido asunto de si Arlt escribía bien o mal lo que lo dejó afuera sino el sexo (la famosa escenita de la pensión donde Silvio Astier se encuentra con un "invertido", entre otras, como el inicio de un desvío interminable de la literatura nacional).

Hay que aclarar que si por un lado Amícola viene a criticar a Cortázar porque mantiene una concepción jerárquica (y "falocéntrica", por utilizar un término caro al feminismo) de la relación entre los sexos, reivindica plenamente su actual poder de sugerencia por la "inmensa sensualidad de los sintagmas cortazarianos", lo cual no es un dato menor, ya que lo que aquí se está discutiendo no son las bondades intrínsecas de un autor sino su influencia en el presente, ahora, cuando se están planteando estas preguntas al canon.

Desde luego, los autores que más parecen interesarle a Amícola –Puig, Copi, Perlongher– son aquellos que han rebasado los límites de una sensibilidad *camp* o de una intención paródica. Esta constelación que se pone en juego en el ensayo viene a señalar más bien el momento de ruptura de lo establecido. En el caso de Puig (una conclusión que debe ser leída en línea con lo que se dijo sobre Arlt y Cortázar), la idea es que él fue quien más se enfrentó al canon borgeano, como si hubiera llevado a un extremo las líneas abiertas por Cortázar. De aquí en más, *Camp y posvanguardia* intenta pensar un canon diferente, con el que, a decir verdad, hace rato se viene coqueteando en los ámbitos de la crítica literaria. ¿Sale Borges, entra Puig?♣



RADARLIBROS RECLAMA

Peritajes lingüísticos

POR DANIEL LINK Comienzan mañana las jornadas "Nuestra Lengua, un Patrimonio" en la Sala D del Centro Cultural San Martín, con la participación de destacados panelistas que debatirán sobre las políticas de defensa del patrimonio lingüístico. Organizadas por la Comisión para la Preservación del Patrimonio Histórico Cultural de la Ciudad de Buenos Aires y con los auspicio del Ministerio de Educación, la Comisión de Cultura de la Cámara de Diputados de la Nación, la Comisión de Cultura y Comunicación Social de la Legislatura de la Ciudad de Buenos Aires, la Consejería Cultural de la Embajada de España, la Fundación Ortega y Gasset, el Instituto Cervantes, la Cámara Argentina del Libro y la Unión Latina, durante estos tres días se discutirán posibles estrategias de protección y promoción del castellano, en aras del diseño de una política lingüística. Los ejes de la discusión serán la lengua en los medios masivos de comunicación, la lengua frente a los nuevos procesos sociopolíticos y culturales (la informática, los mecanismos de circulación de la información estrechamente conectados con las lógicas de poder, las nuevas configuraciones del espacio urbano), políticas lingüísticas, lengua e identidad, las lenguas aborígenes y el bilingüismo. Participarán Elvira Arnoux (Instituto de Lingüística, UBA), Oscar Steimberg, Mempo Giardinelli, Vicente Battista, Jorge Rivera (director de la Carrera de Comunicación Social, UBA) y José Eliaschev, entre otras personalidades y expertos en lenguaje y comunicación.

Teniendo en cuenta la trascendencia del encuentro, las instituciones que lo auspician y la relevancia de los participantes, es de esperar que haya propuestas concretas más allá de las previsibles muestras de buena voluntad. Hoy por hoy todos (incluyendo los gobiernos) se rasgan las vestiduras ante la sola mención de las nuevas formas de analfabetismo tecnológico y se tiende a olvidar que el manejo incorrecto del lenguaje (la más poderosa tecnología con la que el hombre cuenta) sigue siendo estigmatizante y que la progresiva degradación del idioma es la irremediable destrucción de la cultura que a través de él se expresa. No sería una mala idea que las Jornadas estimularan la creación de figuras concretas de protección del idioma, como el Perito Lingüista que, desde hace años, se viene reclamando desde varios institutos de la Universidad de Buenos Aires. Así como los bancos certifican las firmas de sus clientes, así como el Comfer regula los mensajes mediáticos, así como los escribanos intervienen en los procesos de escrituración, así como los grandes medios cuentan con equipos de corrección y así como los contadores públicos nacionales certifican los balances de las empresas, los peritos del lenguaje, debidamente acreditados ante un organismo pertinente, podrían certificar, a cambio de un pequeño canon que pagarían las empresas involucradas, la corrección lingüística de los mensajes publicitarios, esa zona de la cultura de masas donde (a pesar de las enormes cantidades de dinero que se gastan en las campañas) lo que aparece es la versión más degradada y decadente del lenguaje.♣

NOTICIAS DEL MUNDO



- Desde julio está en Internet el ciclo de teatro leído de autores hispanoparlantes Les Movidas Theatrales. Los interesados en participar deberán enviar textos cortos (30 minutos como máximo) a **infatigables.navigateurs@cybercable.fr.** para próximas lecturas en la web. Felicitaciones a los infatigables navegadores por la excelencia de su página.

- Convocado por la Universidad del País Vasco, el XII Certamen Literario Alberto Magno de Ciencia Ficción cierra la inscripción el próximo 15 de octubre. Los originales deberán tener entre 30 y 50 páginas mecanografiadas. El ganador se hará acreedor a un premio de 500.000 pesetas. Mayores informes en XII Certamen Literario Alberto Magno de Ciencia Ficción, Facultad de Ciencias, Decanato Apdo. 644, 48080 Bilbao, España.

- Convocado por Club Pipo, se encuentra abierto hasta el próximo 31 de octubre el Concurso Mundial de Cibercuentos de Pipo, que otorga 1.200.000 pesetas al ganador. Más información en **www.pipoclub.com**.

- Casa de América y Lengua de Trapo anuncian que el próximo 22 de octubre vence el II Premio Casa de América de Narrativa Americana Innovadora, cuyo primer premio, además de la publicación, trepa a 1.000.000 de pesetas. Los originales en castellano deberán tener una extensión mínima de 140 páginas. Pueden solicitarse las bases a **trapo@teleline.es** o **ateneo@casamerica.es.**

- Quienes atesoren todavía alguna novela inédita de por lo menos 150 páginas escrita en castellano podrán presentarla antes del 1° de diciembre próximo al V Premio Primavera de novela convocado por Espasa Calpe y El Corte Inglés. El ganador se llevará la bonita suma de 30.000.000 de pesetas. Los originales deben enviarse por triplicado a la editorial Espasa Calpe (Carretera de Irún, Km. 12.200 - 28049 Madrid, con la referencia "V Premio Primavera de Novela").

- No todo es prosa del mundo en el universo de los concursos. El Ayuntamiento de Majadahonda pone a disposición del ganador del XII Premio de Poesía Blas de Otero 650.000 pesetas. Los interesados deberán enviar un poemario de entre 700 y 1000 versos escritos en castellano, por triplicado, antes del 20 de octubre próximo, a Casa de Cultura Carmen Conde (Plaza de Colón, s/n, 28220 Majadahonda, Madrid).

- El Instituto Cultural Iberoamericano Mario Vargas Llosa y la revista literaria La Casa Verde convocan a su primer Premio Internacional de Relatos "Los Cachorros". Los interesados podrán enviar originales inéditos con una extensión mínima de 80 páginas y máxima de 100 en tres copias antes del 12 de octubre próximo a las oficinas del Instituto Cultural Iberoamericano Mario Vargas Llosa. Lo feo del asunto es que el costo de la inscripción es de U$S 15. Se entregará al titular del trabajo ganador un premio indivisible de 3.000 dólares. Los envíos deben dirigirse al Instituto Cultural Iberoamericano Mario Vargas Llosa (C/ Gonzalo de Berceo, 3 Local, 28017 Madrid) y los reclamos de mayores precisiones se aceptan en la dirección **editorial_Icimavall@hispavista.com**

Kitsch, gay, camp

CAMP Y POSVANGUARDIA MANIFESTACIONES CULTURALES DE UN SIGLO FENECIDO
José Amícola
Paidós
Buenos Aires, 2000
230 págs. $ 16

POR CLAUDIO ZEIGER Hubo un tiempo que fue contestatario –los años 60 y 70– y hubo un libro que por primera vez en forma sistemática y seria, después de Freud, vino a reflexionar sobre la sexualidad: *Historia de la sexualidad* de Michel Foucault. Y hay una manera de leer la literatura argentina que trata de abrirse paso entre la aceptación de un canon (centrado en Borges) y la tentación de empezar a establecer un canon alternativo (centrado en Manuel Puig). Todo esto y mucho más, pero sobre todo esos son los presupuestos de los que parte el libro de José Amícola, profesor de la Universidad de La Plata, autor de varios libros (*Sobre Cortázar, Astrología y fascismo en la obra de Roberto Arlt, Manuel Puig y la tela que atrapa al lector* y *De la forma de la información*) para enfrascarse a continuación en una constelación de conceptos culturales, estéticos y políticos: el autor pone a funcionar *camp, kitsch, gender* y *parodia* en diferentes artículos enhebrados a partir de una preocupación persistente por la literatura argentina y latinoamericana.

En primer lugar, podría decirse que *Camp y posvanguardia* busca hacer la arqueología de un ramal de la cultura *gay* cuya impronta latinoamericana sería el neobarroco (acuñado en el ámbito rioplatense por Néstor Perlongher en una versión enlodada, baja y lujuriosa, que él denominó *neobarroso*) y, en ese sentido, reivindica –peleándose un poco contra las ya clásicas *Notas sobre el camp* de Susan Sontag, que le adjudicaban más frivolidad de la que Amícola está dispuesto a admitir– el carácter politizado de dicho estilo. Menor protagonismo tienen en el libro el *kitsch* y la parodia, y más bien cobran temperatura las consideraciones sobre género y la búsqueda de una definición de la posvanguardia como momento actualísimo de la modernidad.

Amícola dedica varios pasajes de su ensayo a revisar esta constelación y a repasar algunos hitos de la lucha por los derechos de las minorías sexuales desde los años 70 en adelante. Una vez establecidas las bases del conjunto, se puede pasar más tranquilamente a revisar la constelación de nombres literarios que entran en juego en esta indagación sobre el canon, y si bien hay unos capítulos dedicados en su totalidad a la obra de Puig, Copi y Perlongher, nos permitimos empezar por el caso de Julio Cortázar. A él, Amícola le dedica un brillante artículo en el que indaga las formas de representación de la sexualidad en varios de sus textos. Y desde esta perspectiva del análisis, llega a una hipótesis que vale la pena destacar: "No debe causar asombro que la sexualidad presente en la obra de Roberto Arlt haya hecho a este autor invisible para el 'canon argentino' sentado por Borges, y que Cortázar haya pertenecido al grupo de aquellos que, aunque subyugados por la marginalidad de Arlt, no pudieron abandonar completamente el canon principal". La idea es estimulante: ya no sería el remanido asunto de si Arlt escribía bien o mal lo que lo dejó afuera sino el sexo (la famosa escenita de la pensión donde Silvio Astier se encuentra con un "invertido", entre otras, como el inicio de un desvío interminable de la literatura nacional).



Hay que aclarar que si por un lado Amícola viene a criticar a Cortázar porque mantiene una concepción jerárquica (y "falocéntrica", por utilizar un término caro al feminismo) de la relación entre los sexos, reivindica plenamente su actual poder de sugerencia por la "inmensa sensualidad de los sintagmas cortazarianos", lo cual no es un dato menor, ya que lo que aquí se está discutiendo no son las bondades intrínsecas de un autor sino su influencia en el presente, ahora, cuando se están planteando estas preguntas al canon.

Desde luego, los autores que más parecen interesarle a Amícola –Puig, Copi, Perlongher– son aquellos que han rebasado los límites de una sensibilidad *camp* o de una intención paródica. Esta constelación que se pone en juego en el ensayo viene a señalar más bien el momento de ruptura de lo establecido. En el caso de Puig (una conclusión que debe ser leída en línea con lo que se dijo sobre Arlt y Cortázar), la idea es que él fue quien más se enfrentó al canon borgeano, como si hubiera llevado a un extremo las líneas abiertas por Cortázar. De aquí en más, *Camp y posvanguardia* intenta pensar un canon diferente, con el que, a decir verdad, hace rato se viene coqueteando en los ámbitos de la crítica literaria. ¿Sale Borges, entra Puig?♣

RADARLIBROS RECLAMA

Peritajes lingüísticos

POR DANIEL LINK Comienzan mañana las jornadas "Nuestra Lengua, un Patrimonio" en la Sala D del Centro Cultural San Martín, con la participación de destacados panelistas que debatirán sobre las políticas de defensa del patrimonio lingüístico. Organizadas por la Comisión para la Preservación del Patrimonio Histórico Cultural de la Ciudad de Buenos Aires y con los auspicio del Ministerio de Educación, la Comisión de Cultura de la Cámara de Diputados de la Nación, la Comisión de Cultura y Comunicación Social de la Legislatura de la Ciudad de Buenos Aires, la Consejería Cultural de la Embajada de España, la Fundación Ortega y Gasset, el Instituto Cervantes, la Cámara Argentina del Libro y la Unión Latina, durante estos tres días se discutirán posibles estrategias de protección y promoción del castellano, en aras del diseño de una política lingüística. Los ejes de la discusión serán la lengua en los medios masivos de comunicación, la lengua frente a los nuevos procesos sociopolíticos y culturales (la informática, los mecanismos de circulación de la información estrechamente conectados con las lógicas de poder, las nuevas configuraciones del espacio urbano), políticas lingüísticas, lengua e identidad, las lenguas aborígenes y el bilingüismo. Participarán Elvira Arnoux (Instituto de Lingüística, UBA), Oscar Steimberg, Mempo Giardinelli, Vicente Battista, Jorge Rivera (director de la Carrera de Comunicación Social, UBA) y José Eliaschev, entre otras personalidades y expertos en lenguaje y comunicación.

Teniendo en cuenta la trascendencia del encuentro, las instituciones que lo auspician y la relevancia de los participantes, es de esperar que haya propuestas concretas más allá de las previsibles muestras de buena voluntad. Hoy por hoy todos (incluyendo los gobiernos) se rasgan las vestiduras ante la sola mención de las nuevas formas de analfabetismo tecnológico y se tiende a olvidar que el manejo incorrecto del lenguaje (la más poderosa tecnología con la que el hombre cuenta) sigue siendo estigmatizante y que la progresiva degradación del idioma es la irremediable destrucción de la cultura que a través de él se expresa. No sería una mala idea que las Jornadas estimularan la creación de figuras concretas de protección del idioma, como el Perito Lingüista que, desde hace años, se viene reclamando desde varios institutos de la Universidad de Buenos Aires. Así como los bancos certifican las firmas de sus clientes, así como el Comfer regula los mensajes mediáticos, así como los escribanos intervienen en los procesos de escrituración, así como los grandes medios cuentan con equipos de corrección y así como los contadores públicos nacionales certifican los balances de las empresas, los peritos del lenguaje, debidamente acreditados ante un organismo pertinente, podrían certificar, a cambio de un pequeño canon que pagarían las empresas involucradas, la corrección lingüística de los mensajes publicitarios, esa zona de la cultura de masas donde (a pesar de las enormes cantidades de dinero que se gastan en las campañas) lo que aparece es la versión más degradada y decadente del lenguaje.♣

Santa Maradona

YO SOY EL DIEGO
Diego Armando Maradona,
en colaboración con Daniel Arcucci
y Ernesto Cherquis Bialo
Planeta, 2000
320 págs. $ 15

POR SANTIAGO LLACH El paso inconsolable del tiempo, la política acorralada, la fragmentación del sentido y un mito gastado y persistente (la tragedia argentina) confluyen para producir el amor por Diego Maradona. Ante todo: la alusión despótica del título, la inversión del apotegma absolutista ("El Estado soy yo"). Pareciera que –un deseo malo de la mercadotecnia– se ha elegido concentrar lo que después, con el mapa detallado de la multitud de nombres propios, va a desplegarse.

Pero antes que eso, el mito del origen, un origen material, concreto, abigarrado en los detalles de una pobreza casi absoluta: "La nuestra era una casa de tres ambientes, je... Era de material, un lujo. (...) El comedor, donde se cocinaba, se comía, se hacían los deberes, todo, y las dos piezas. A la derecha estaba la de mis viejos; a la izquierda, no más de dos metros por dos, la de los hermanos..., los ocho hermanos". Y después, la primera de las series de nombres propios que delimitan mapas y arman una poética: la serie de aquellos que tienen sólo eso, nombres, casi secretos, privados; nombres de amigos y familiares de Corrientes, Villa Fiorito y Los Cebollitas, que en el sonido ya delatan su pertenencia social: Montañita, el Mono Claudio, Goyo Carrizo, Don Guadalupe Galarza.

A partir de ahí, Maradona y su palabra se vuelven públicos. En el campo de los discursos futboleros, dos parloteos umbilicales sitian su tambaleante guerrilla oral. La izquierda acrítica encuentra su paralelo, en ese campo, en el coro angélico del chamuyo de paladar negro, el verso lírico del fútbol de ataque; como dice Martín Rodríguez, el *subiela-benedettimenottismo*. Y en el otro extremo: la *realpolitik* bilardiana, el cinismo acérrimo y las manías obsesivas del "hijo de puta del Narigón".

Para deleite de los antropólogos de la academia (también, se sabe, deleitará a los forenses), Maradona se desprende rápido de las intenciones alegres y las metáforas malas, y las suplanta por una jerga popular de expresiones opacas o que se van opacando con la repetición: *cabeza de termo, se le escapó la tortuga, le tomó la leche al gato*. Mucha gente del fútbol merece alguna, pero Karol Wojtila se lleva el premio mayor: *el chabón las tiene todas en contra, de chico jugaba de arquero*.

Como todos los héroes, Maradona dibuja a su enemigo con una precisión mayor que la que pide la historia. La moral de los caretas, la moral de pelo corto de Daniel Passarella, fuerza los límites de su moral del exceso. Contra las morales austeras, una insistencia morosa en el otro –que lo lleva por ejemplo a adjudicarle al Flaco Gareca el mérito del decisivo gol contra Perú en el 85, fabricado por Passarella– y también una sobredosis de esfuerzos inútiles a los que se somete a sí mismo. Maradona financia su derroche haciendo vibrar los códigos –genéticos– del fútbol y los apolíticos lo miran de reojo. Se claman maradonianos, pero insisten en la pureza del genio futbolístico. Hay que ver que el genio de la cabeza –el genio lingüístico– viene pegado, ya desde adentro de la cancha: "Para los penales, en aquella época, ningún secreto; sólo la velocidad de vista necesaria para intuir hacia dónde se tirará el arquero".

Al relato lo atraviesan varios telones de fondo, cortados por precisas censuras: uno, el *soundtrack* del pueblo de Boca: desde aquella que empezaba "Vale diez palos verdes..." hasta la omitida "lo ponen preso/ a Maradona / y Carlos Menem también la toma". Fotos (posters): desde una incunable del cebollita a sus fotos cubanas tatuadas por el Che. En esa serie, falta la que registra la cama que la dictadura de la prohibición le tendió a la salida de un departamento de Caballito. Y por último, la enciclopedia de datos inútiles, registrada en el índice onomástico y enhebrada por el futbolero medio a lo largo de muchas horas pasadas frente al televisor (o inmerso en el paisaje imponente, insoportablemente machista y violento, de las tribunas locales): la multitud de los protagonistas secundarios, futbolistas más o menos destacados (el rubio Regenhardt, Carlos Bossio, Adolfino Cañete), cuyo destino ineluctable es una decadencia agónica, una pérdida de la visibilidad signada por la pérdida del cuerpo atlético. Esa es la saga que Maradona borra para inventar otra, más inmortal.

El discurso de Maradona tiene la fuerza del discurso alucinado de un paranoico. Su cuerpo, desde siempre, es sometido, infiltrado y controlado por los experimentos de la ciencia médica. Un paciente del doctor Benway (William Burroughs) sujeto a la visibilidad total: "Toda mi vida está filmada (...), pero hay cosas que no se pueden contar". Su mente afiebrada traza panoramas: "Todavía me seduce jugar de líbero –dice en la primera página–, mirás todo desde atrás, la cancha entera está delante tuyo". Y también, claro, panoramas políticos: la extensa dedicatoria, plagada otra vez de nombres propios, irónica en el detalle. Casi al final: "Al Negro Avila. A Costy Vigil": los que proveen el formato, los que lo incorporan todo y le ponen al fútbol los sonidos de la rave. "A todos los pibes de Tortugas": los pibes de Tortugas –los hijos de la burguesía– como si fueran los pibes de la Boca o los pibes de Caraza. Lejos de la democracia espiritual por la que vota la clase media argentina, Maradona evidencia lo que muchos olvidan: la política es la densa trama filiatoria de los intereses cruzados que atraviesan a los que viven en la ciudad.

A la hora de los títulos y las canciones homenaje, fue Manu Chao, el amable detector de las señas de la aldea global, quien pescó en el aire frito de Nápoles otro sintagma, Santa Maradona, cuya ambigüedad torpe parece contener la tensión de aquello que designa, los significados diseminados de Diego Maradona. La aldea global: la fiesta multicanal de olimpíadas y mundiales. Los estados nacionales, banderitas de colores despojadas de casi todo, se insertan también en un nicho del mercado, ese mercado siempre atento a la variedad y a las expresividades razonables. Y en las cabezas populares, digitadas por imágenes, la insensatez de Santa Maradona, nuestra gran mamá política: resistencia, ternura y desencanto.♣

EL EXTRANJERO

ECLIPSE
JOHN BANVILLE
Picador, 2000
214 págs. 16 libras

"John Banville tiene el oscuro don de ver el alma de la gente y escribe con una prosa límpida y arriesgada donde los momentos de calma estallan siempre con un resplandor asesino", escribió el escritor Don DeLillo y está bien que así haya sido, porque este escritor norteamericano tiene más de un punto en común con este escritor irlandés: narradores engañosos siempre enmascarados por una profesionalidad que los aleja del común de los mortales, pero les permite mezclarse entre ellos con pasión parásita. Así, científicos, asesinos, espías, escritores, terroristas, artistas, náufragos, fugitivos. Lo que distingue a los héroes de Banville de los héroes de DeLillo –siempre bombardeados por las esquirlas de la cultura popular Made in USA– es su carácter definitivamente irlandés donde una mirada naturalista y céltica *à la* Yeats no duda a la hora de ponerse las gafas absurdas de Samuel Beckett.

Hasta ahora, la obra de Banville en español no ha tenido la atención que se merece. Sus excelentes novelas biográficas (*Copérnico* y *Kepler*) pasaron sin pena ni gloria por una colección histórica de Sudamericana y *Mefisto* y *The Newton Letter: An Interlude* (sus extrañas novelas "científicas") aparecieron y desaparecieron en pequeñas editoriales españolas. La suerte comienza a enderezarse con la recuperación por Anagrama de la traducción que hiciera Edhasa de *El libro de las pruebas* (su libro más celebrado, candidato en su momento al Booker Prize, y que inaugura la segunda etapa en la carrera de Banville) y la reciente publicación en la misma editorial de *El intocable*, recreación ficticia de la vida del espía británico y restaurador de arte Sir Anthony Blunt, aquel célebre "Cuarto Hombre".

Anagrama publicará también la flamante *Eclipse*, nueva escala en el mismo y banvillesco viaje siempre de ida donde de lo que se trata es de apuntalar para el lector, una vez más, la siempre inasible figura de un maldito con un prosa precisa que, por momentos, recuerda a la de J. G. Ballard. Aquí se trata de un tal Alexander Cleave, actor consagrado y "Hamlet ideal", quien desde su infancia siempre ha sentido que vive en "un perpetuo estado de ser observado". Una noche, en la cumbre de su carrera, Cleave "muere" sobre las tablas para ya no volver al escenario y dedicarse, en cambio, a bucear en sus recuerdos para intentar comprender el libreto de su vida. La gran idea de *Eclipse* reside en contar una historia del pasado sobre las dificultades presentes de hacer memoria. Una novela de fantasmas donde el narrador es el mejor fantasma de todos y Banville –una vez más y en el decir de George Steiner– "es el escritor más inteligente y el estilista más elegante de la lengua inglesa".

RODRIGO FRESÁN

Santa Maradona

YO SOY EL DIEGO
Diego Armando Maradona,
en colaboración con Daniel Arcucci
y Ernesto Cherquis Bialo
Planeta, 2000
320 págs. $ 15



POR SANTIAGO LLACH El paso inconsolable del tiempo, la política acorralada, la fragmentación del sentido y un mito gastado y persistente (la tragedia argentina) confluyen para producir el amor por Diego Maradona. Ante todo: la alusión despótica del título, la inversión del apotegma absolutista ("El Estado soy yo"). Pareciera que –un deseo malo de la mercadotecnia– se ha elegido concentrar lo que después, con el mapa detallado de la multitud de nombres propios, va a desplegarse.

Pero antes que eso, el mito del origen, un origen material, concreto, abigarrado en los detalles de una pobreza casi absoluta: "La nuestra era una casa de tres ambientes, je... Era de material, un lujo. (...) El comedor, donde se cocinaba, se comía, se hacían los deberes, todo, y las dos piezas. A la derecha estaba la de mis viejos; a la izquierda, no más de dos metros por dos, la de los hermanos..., los ocho hermanos". Y después, la primera de las series de nombres propios que delimitan mapas y arman una poética: la serie de aquellos que tienen sólo eso, nombres, casi secretos, privados; nombres de amigos y familiares de Corrientes, Villa Fiorito y Los Cebollitas, que en el sonido ya delatan su pertenencia social: Montañita, el Mono Claudio, Goyo Carrizo, Don Guadalupe Galarza.

A partir de ahí, Maradona y su palabra se uelven públicos. En el campo de los discursos futboleros, dos parloteos umbilicales sitian u tambaleante guerrilla oral. La izquierda crítica encuentra su paralelo, en ese campo, en el coro angélico del chamuyo de paladar negro, el verso lírico del fútbol de ataque; como dice Martín Rodríguez, el *subiela-benedettimenottismo*. Y en el otro extremo: la *realpolitik* bilardiana, el cinismo acérrimo y las manías obsesivas del "hijo de puta del Narigón".

Para deleite de los antropólogos de la academia (también, se sabe, deleitará a los forenses), Maradona se desprende rápido de las invenciones alegres y las metáforas malas, y las suplanta por una jerga popular de expresiones opacas o que se van opacando con la repetición: *cabeza de termo, se le escapó la tortuga, le tomó la leche al gato*. Mucha gente del fútbol merece alguna, pero Karol Wojtila se lleva el premio mayor: *el chabón las tiene todas en contra, de chico jugaba de arquero*.

Como todos los héroes, Maradona dibuja a u enemigo con una precisión mayor que la que pide la historia. La moral de los caretas, la moral de pelo corto de Daniel Passarella, fuerza los límites de su moral del exceso. Contra las morales austeras, una insistencia morosa en el otro –que lo lleva por ejemplo a adjudicarle al Flaco Gareca el mérito del decisivo gol contra Perú en el 85, fabricado por Passarella– y también una sobredosis de esfuerzos inútiles a los que se somete a sí mismo. Maradona financia su derroche haciendo vibrar los códigos –genéticos– del fútbol y los apolíticos lo miran de reojo. Se claman maradonianos, pero insisten en la pureza del genio futbolístico. Hay que ver que el genio de la cabeza –el genio lingüístico– viene pegado, ya desde adentro de la cancha: "Para los penales, en aquella época, ningún secreto; sólo la velocidad de vista necesaria para intuir hacia dónde se tirará el arquero".

Al relato lo atraviesan varios telones de fondo, cortados por precisas censuras: uno, el *soundtrack* del pueblo de Boca: desde aquella que empezaba "Vale diez palos verdes..." hasta la omitida "lo ponen preso/ a Maradona / y Carlos Menem también la toma". Fotos (posters): desde una incunable del cebollita a sus fotos cubanas tatuadas por el Che. En esa serie, falta la que registra la cama que la dictadura de la prohibición le tendió a la salida de un departamento de Caballito. Y por último, la enciclopedia de datos inútiles, registrada en el índice onomástico y enhebrada por el futbolero medio a lo largo de muchas horas pasadas frente al televisor (o inmerso en el paisaje imponente, insoportablemente machista y violento, de las tribunas locales): la multitud de los protagonistas secundarios, futbolistas más o menos destacados (el rubio Regenhardt, Carlos Bossio, Adolfino Cañete), cuyo destino ineluctable es una decadencia agónica, una pérdida de la visibilidad signada por la pérdida del cuerpo atlético. Esa es la saga que Maradona borra para inventar otra, más inmortal.

El discurso de Maradona tiene la fuerza del discurso alucinado de un paranoico. Su cuerpo, desde siempre, es sometido, infiltrado y controlado por los experimentos de la ciencia médica. Un paciente del doctor Benway (William Burroughs) sujeto a la visibilidad total: "Toda mi vida está filmada (...), pero hay cosas que no se pueden contar". Su mente afiebrada traza panoramas: "Todavía me seduce jugar de líbero –dice en la primera página–, mirás todo desde atrás, la cancha entera está delante tuyo". Y también, claro, panoramas políticos: la extensa dedicatoria, plagada otra vez de nombres propios, irónica en el detalle. Casi al final: "Al Negro Avila. A Costy Vigil": los que proveen el formato, los que lo incorporan todo y le ponen al fútbol los sonidos de la rave. "A todos los pibes de Tortugas": los pibes de Tortugas –los hijos de la burguesía– como si fueran los pibes de la Boca o los pibes de Caraza. Lejos de la democracia espiritual por la que vota la clase media argentina, Maradona evidencia lo que muchos olvidan: la política es la densa trama filiatoria de los intereses cruzados que atraviesan a los que viven en la ciudad.

A la hora de los títulos y las canciones homenaje, fue Manu Chao, el amable detector de las señas de la aldea global, quien pescó en el aire frito de Nápoles otro sintagma, Santa Maradona, cuya ambigüedad torpe parece contener la tensión de aquello que designa, los significados diseminados de Diego Maradona. La aldea global: la fiesta multicanal de olimpíadas y mundiales. Los estados nacionales, banderitas de colores despojadas de casi todo, se insertan también en un nicho del mercado, ese mercado siempre atento a la variedad y a las expresividades razonables. Y en las cabezas populares, digitadas por imágenes, la insensatez de Santa Maradona, nuestra gran mamá política: resistencia, ternura y desencanto.♣

EL EXTRANJERO



ECLIPSE
JOHN BANVILLE
Picador, 2000
214 págs. 16 libras

"John Banville tiene el oscuro don de ver el alma de la gente y escribe con una prosa límpida y arriesgada donde los momentos de calma estallan siempre con un resplandor asesino", escribió el escritor Don DeLillo y está bien que así haya sido, porque este escritor norteamericano tiene más de un punto en común con este escritor irlandés: narradores engañosos siempre enmascarados por una profesionalidad que los aleja del común de los mortales, pero les permite mezclarse entre ellos con pasión parásita. Así, científicos, asesinos, espías, escritores, terroristas, artistas, náufragos, fugitivos. Lo que distingue a los héroes de Banville de los héroes de DeLillo –siempre bombardeados por las esquirlas de la cultura popular Made in USA– es su carácter definitivamente irlandés donde una mirada naturalista y céltica *à la* Yeats no duda a la hora de ponerse las gafas absurdas de Samuel Beckett.

Hasta ahora, la obra de Banville en español no ha tenido la atención que se merece. Sus excelentes novelas biográficas (*Copérnico* y *Kepler*) pasaron sin pena ni gloria por una colección histórica de Sudamericana y *Mefisto* y *The Newton Letter: An Interlude* (sus extrañas novelas "científicas") aparecieron y desaparecieron en pequeñas editoriales españolas. La suerte comienza a enderezarse con la recuperación por Anagrama de la traducción que hiciera Edhasa de *El libro de las pruebas* (su libro más celebrado, candidato en su momento al Booker Prize, y que inaugura la segunda etapa en la carrera de Banville) y la reciente publicación en la misma editorial de *El intocable*, recreación ficticia de la vida del espía británico y restaurador de arte Sir Anthony Blunt, aquel célebre "Cuarto Hombre".

Anagrama publicará también la flamante *Eclipse*, nueva escala en el mismo y banvillesco viaje siempre de ida donde de lo que se trata es de apuntalar para el lector, una vez más, la siempre inasible figura de un maldito con un prosa precisa que, por momentos, recuerda a la de J. G. Ballard. Aquí se trata de un tal Alexander Cleave, actor consagrado y "Hamlet ideal", quien desde su infancia siempre ha sentido que vive en "un perpetuo estado de ser observado". Una noche, en la cumbre de su carrera, Cleave "muere" sobre las tablas para ya no volver al escenario y dedicarse, en cambio, a bucear en sus recuerdos para intentar comprender el libreto de su vida. La gran idea de *Eclipse* reside en contar una historia del pasado sobre las dificultades presentes de hacer memoria. Una novela de fantasmas donde el narrador es el mejor fantasma de todos y Banville –una vez más y en el decir de George Steiner– "es el escritor más inteligente y el estilista más elegante de la lengua inglesa".

RODRIGO FRESÁN



BOCA DE URNA

Los libros más vendidos de la semana en Librería Fausto.

Ficción

1. **Harry Potter y la piedra filosofal**
J. K. Rowling
(Emecé, $12)

2. **Harry Potter y la cámara secreta**
J. K. Rowling
(Emecé, $15)

3. **Amarse con los ojos abiertos**
Jorge Bucay y Silvia Salinas
(Nuevo Extremo, $16)

4. **La fiesta del chivo**
Mario Vargas Llosa
(Alfaguara, $21)

5. **La ignorancia**
Milan Kundera
(Tusquets, $15)

6. **La última confesión**
Morris West
(Ediciones B, $15)

7. **Líbranos del mal**
Víctor Sueiro
(Atlántida, $17)

8. **American Psycho**
Bret Easton Ellis
(Ediciones B, $8)

9. **El capitán salió a comer y los marineros tomaron el barco**
Charles Bukowski
(Anagrama, $14)

10. **Harry Potter y el prisionero de Azkaban**
J. K. Rowling
(Emecé, $16)

No ficción

1. **Yo soy el Diego**
Diego Maradona
(Planeta, $15)

2. **La resistencia**
Ernesto Sabato
(Planeta, $15)

3. **No seré feliz pero tengo marido**
Viviana Gómez Thorpe
(Latinoamericana, $14)

4. **Mujeres que corren con los lobos**
Ester Pincola
(Ediciones B, $20)

5. **Quién se ha llevado mi queso**
Spencer Johnson
(Urano, $10)

6. **Don José, la vida de San Martín**
José Ignacio García Hamilton
(Sudamericana, $19)

7. **De la autoestima al egoísmo**
Jorge Bucay
(Nuevo Extremo, $17)

8. **Si de acuerdo...**
Roger Fisher
(Norma, $27)

9. **Los hombres son de Marte las mujeres son de Venus**
John Gray
(Océano, $13,50)

10. **Hacia un mundo sin pobreza**
Muhammad Yunus
(Andrés Bello, $19)

¿Por qué se venden estos libros?
"Los comentarios literarios llevan a la gente a tener una predilección por determinados títulos. Los textos de Harry Potter gustan a todo el público en general. El éxito de Sabato se da porque es Sabato y no otro. A veces la transformación de un libro en best seller es fortuita, y otras veces se da porque realmente el contenido lo vale. Yo soy el Diego *se vende porque genera mucha curiosidad", dice Carlos Rossenblum, empleado de librería Fausto.*

Senderos patagónicos



Editorial Sudamericana acaba de lanzar la colección Rumbo Sur, dirigida por Adrián Giménez Hutton y consagrada a publicar relatos de viajeros por el sur de la Argentina.

POR GUILLERMO SACCOMANNO Es sabido que la Patagonia ofrece un repertorio inagotable de materiales aptos para detonar la inspiración literaria. Una tierra que alquimiza lo mítico con lo aventurero o la desolación con la épica presenta múltiples vetas al alcance de quien busque historias para ser contadas. Y la Patagonia sigue siendo, además, un reservorio de "naturaleza". Para Silvio Astier, el héroe arltiano, el sur representa una estepa purificadora. Más acá, Martín, el héroe de *Sobre héroes y tumbas*, concluye su iniciación viajando al sur en un camión. Es decir, una Patagonia redentora. Más allá de estas filiaciones novelísticas, quien se acerque a los documentos que cifran la identidad del discurso patagónico, no siempre al alcance, se encontrará que en la bibliografía hay una predominancia casi absoluta de la crónica sobre cualquier otra tendencia expresiva. Cuando se revisan estos documentos llama la atención el pudor con que los autores consideran sus escritos, urgidos por anotar una realidad donde la peripecia, lo excepcional, es la rutina. Todos, asimismo, insinúan en sus escritos un cierto complejo de inferioridad, una pudorosa desconfianza hacia su propia escritura, imaginando esperanzados que en el porvenir surgirán los talentos literarios para dar forma a sus impresiones. Así las cosas, entre estos materiales suelen detectarse verdaderos prodigios narrativos.

En este marco, con un entusiasmo que no descarta el rigor, irrumpe ahora la colección Rumbo Sur del Grupo Editorial Sudamericana. El proyecto está a cargo de un entendido, el viajero y explorador Adrián Giménez Hutton, quien ha debutado narrativamente con el desmistificador *La Patagonia de Chatwin*. Ahora, dirigiendo esta colección, Hutton se propone recuperar el paisaje y la historia patagónica. De arranque, los dos primeros títulos de Rumbo Sur son *El último confín de la tierra* de Lucas Bridges y *Tras las huellas de Darwin* de Toby Green.

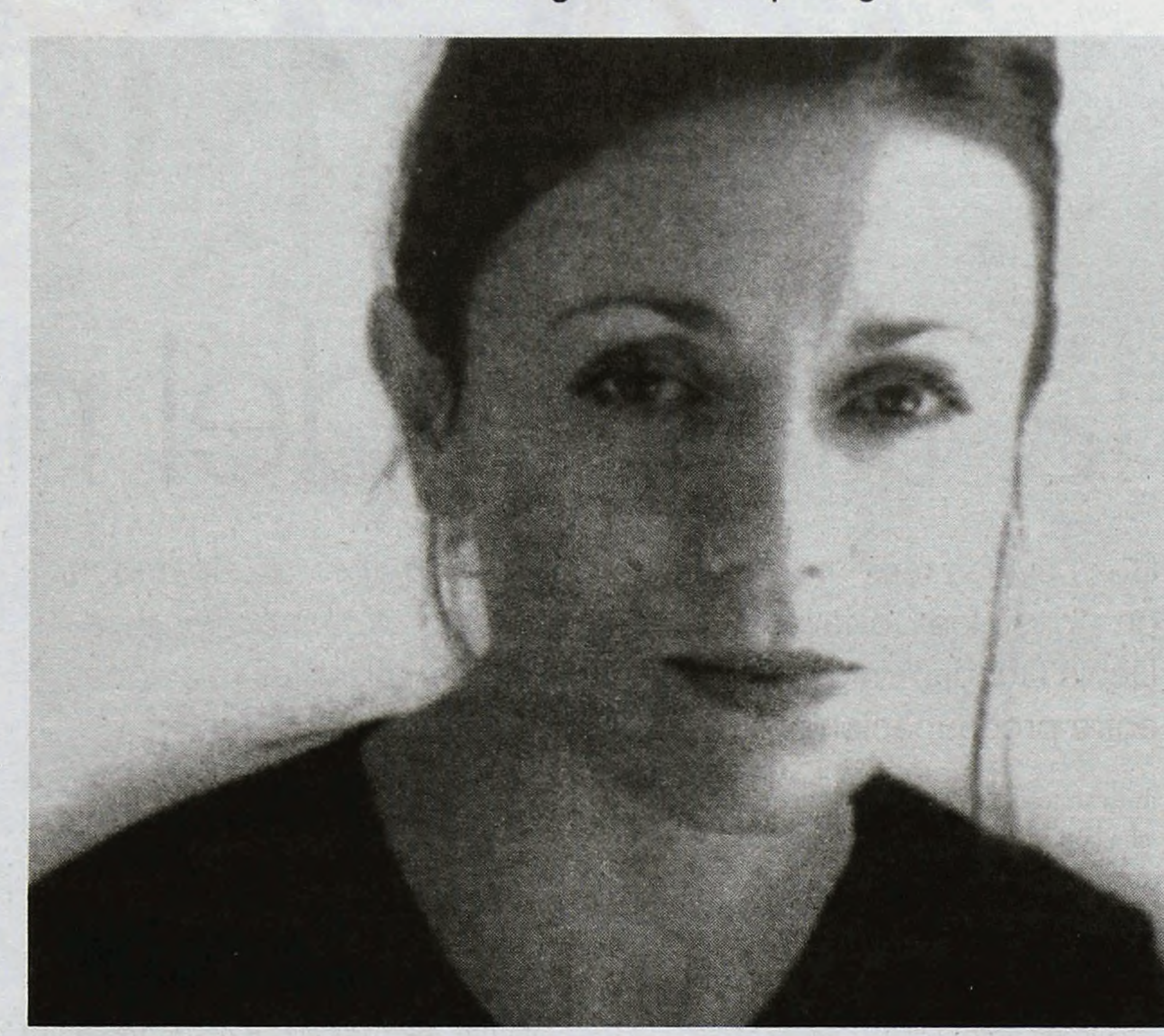
Hasta el presente, el libro de Lucas Bridges es un clásico imperdible sobre Tierra del Fuego. Bridges, nacido en Ushuaia en 1874, se crió entre los yaganes, los indios canoeros del Beagle, aprendiendo su mitología y forma de vida. Más tarde, Bridges se relacionó con los onas, convirtiéndose en amigo, consejero y defensor de esta comunidad. Descendiente de uno de los primeros colonos británicos en la zona, Bridges fue un temperamento inquieto. En 1914 se instaló en Chile, y poco después se alistó para combatir en la Primera Guerra. Probó luego suerte en Rhodesia y regresó finalmente a la Patagonia, donde escribió *El último confín*. Al publicarse en Londres en 1948, un año antes de la muerte de Bridges, el libro fue celebrado por *The New York Times* y *The Sunday Times*. La narración de Bridges abarca casi un siglo, constituyendo una cruza de testimonio de viaje y crónica familiar, de relevamiento antropológico y relato epopéyico que sostiene la intriga.

Tras las huellas de Darwin, en cambio, propone otro itinerario. Su joven autor, Toby Green, nacido en 1974, graduado en Filosofía en Cambridge, en 1996 repite la travesía patagónica de *El viaje del Beagle*. El libro de Green tiene lo suyo. Con un tono crítico, su crónica no incurre en ningún desvío turístico ni en la tentación folclórica pietista. La travesía y su registro se abren con dos citas. La primera, de Darwin: "Resulta del todo imposible describir la amabilidad con la que se recibe a los viajeros en casi toda América del Sur". La segunda, de Hans Georg Gadamer: "Lo esencial de la experiencia es que no puede agotarse con lo que puede decirse de ésta ni con lo que puede captarse de su significado". El libro de Green impone algunas reflexiones. Por ejemplo, ¿cuál puede ser el interés para el lector argentino de un homenaje a Darwin por parte de un universitario británico?

Reconocerse en la mirada del otro, podría ser la respuesta. Pero si ese otro procede de Inglaterra, el reconocimiento se vuelve complejo. Green era apenas un chico cuando se libró la Guerra de Malvinas. Y después de atravesar la Patagonia, se siente ya integrado al paisaje y sus habitantes. Al desembarcar en Malvinas sucede entonces su extrañamiento. Green no se reconoce en los *kelpers*. Es que Green, desde la percepción darwiniana de la cortesía gaucha, compartiendo su misma pasión, en Malvinas se siente argentino, es decir extranjero. Como esta situación, su crónica presenta otras muchas que refieren el fervor de Green por Argentina. Su recopilación del autoritarismo de conserjes de hotel y taxistas siempre partidarios de una dictadura providencial es casi antológica. Como también que esos registros de fascismo vernáculo son presentados con su justo contraplano, las Madres de la Plaza de Mayo. Lejos de la búsqueda de color local, Green indaga en la Patagonia mientras discute con Darwin y cuestiona tanto la supervivencia de los más fuertes como el gen egoísta. A la vez, con sus observaciones, siempre desprejuiciadas, realiza un paneo sobre la destrucción de la naturaleza y las difíciles condiciones sociales de los patagónicos, marcados por las tensiones de la contradicción centro/periferia.♣

Viajando se conoce gente

En *Acento extranjero*, María Sonia Cristoff recopila dieciocho relatos de viajeros en la Argentina y, de paso, suministra una teoría sobre la forma y la función de la literatura de viajes. A continuación, adelantamos fragmentos del prólogo.



POR MARÍA SONIA CRISTOFF El género "literatura de viajes" remite a una serie vasta: dentro de la tradición occidental, los exponentes de lo que se ha convenido llamar "relato de viaje" se pueden rastrear hasta el siglo II de nuestra era, cuando el geógrafo Pausanias partió de Atica en un recorrido pormenorizado que después sería materia de su *Periegesis Hellados*. Desde entonces hasta hoy la más arbitraria de las enumeraciones podría incluir *Il milione*, en el que un escritor de romances del siglo XIII registra el viaje emprendido por un adolescente llamado Marco Polo que ahora es su memorioso compañero de prisión; los *Voyages en Perse* de Jean Chardin, un comerciante hugonote del siglo XVII que fue admirado por Goethe y por Montesquieu; *A Sentimental Journey through France and Italy*, el libro donde Laurence Sterne parodia los usos didácticos de la tradición del Grand Tour. El *Journal of the Discovery of the Nile*, de J. H. Speke, el registro de una avanzada imperial en el contexto de una historia de traiciones personales; *Baghdad Sketches*, el primer título de la que sería una de las escritoras viajeras más prolíficas, Freya Stark; o *Watermark*, los inviernos recurrentes de Joseph Brodsky en Venecia.

Este eclecticismo deja entrever las distintas formas y funciones adoptadas por el relato de viajes, que ha sido el informe redactado por un enviado gubernamental, las memorias de un misionero, el texto científico de un zoólogo, las observaciones de campo de un antropólogo, la mirada de un testigo, las cartas secretas de un espía, el diario de una feminista que viaja con un sentido reivindicatorio, la investigación de un corresponsal, el relato familiar dedicado a los descendientes o los amigos. Ha sido también una apuesta literaria. El relato de viajes es paradigmático cuando se trata de verificar el entrecruzamiento que subyace en toda especificidad de género.

Esta selección no trata de encontrar la clave en esa multiplicidad sino de señalar un eje común en los relatos que la integran. En cada relato de viaje hay un pacto explícito inicial: el narrador enuncia un motivo que después no puede olvidar ni transgredir, ya que el mismo delimitará de antemano la porción de mundo que va a encontrar, el registro con que contará, los subrayados y ocultamientos que ejercitará. Lina Beck Bernard, que viaja para acompañar a su marido, considera en su narración la naturaleza santafesina como un elemento capaz de fortalecer o de amenazar la vida familiar que ella vino a resguardar. Carlo Spegazzini, que viaja como botánico de una expedición a los mares australes, ve en la naturaleza su objeto único de investigación y recurre a un tono de precisión técnica donde Beck Bernard optó por la hipérbole no especializada. La avanzada expedicionaria de Francis Drake da lugar a un relato de minuciosa justificación ante la corona británica –su interlocutor principal– mientras que las cartas ociosas de C.D. Mackellar no tienen reparos en conjeturar el disparate político como otra de las formas de divertir a los amigos. Hay algo de Fausto en cada viajero, obligado siempre a recordar su pacto.

El motivo de viaje –entendido siempre como tópico literario y no como intención biográfica– no se reduce a un enunciado inicial sino que establece las reglas de lo que vendrá y contribuye así a sistematizar líneas dentro de los exponentes del género. Los dieciocho relatos incluidos en *Acento extranjero* están organizados según seis motivos: la naturaleza, la expedición, la compañía, la religión, la experiencia y el ocio. Las introducciones ubican al viajero en relación con esos motivos y se refieren al total de la obra citada más que al pasaje seleccionado.

Los relatos incluidos pertenecen a viajeros que entre los siglos XVI y XX estuvieron en lo que hoy es territorio argentino. El acento extranjero de sus miradas se convirtió, en la lengua de ese país en formación, en una frase hecha que condensó los extremos de sumisión y de xenofobia en los que se generó una identidad nacional. Dichos relatos son todos exponentes del pasado de un género que algunas tradiciones como la anglosajona siguen practicando. La argentina –salvo excepciones que pueden encontrarse en Arlt, en Mallea, en Bioy, en Caparrós– tiende a clausurarlo en ese mismo pasado. Esta compilación, sin embargo, no tiene una intención de efemérides: está pensada más bien como rescate de un punto de vista, como búsqueda de un tono, como constatación de un método, como pregunta por las posibilidades locales y futuras de producción de un género que, salvo por los escritores del siglo XIX, la Argentina sólo admitió en tanto país mirado desde afuera. Como indagación en el acento extranjero: una forma de contar marcada por la distancia de lo ajeno, una perspectiva en la que convergen la incomodidad y la lucidez extrañada de quien ejercita una lengua tardía.

EXPERIENCIA Escritor viajero: en la fórmula acecha la paradoja. ¿De qué manera la incomodidad, la dispersión del viaje, pueden convivir con la calma concentrada del escritorio? El viaje parece, más bien, un atentado contra el estado de suspenso –de estar suspendido– que provoca la escritura, contra "la quietud en medio del caos, una quietud similar a la oración y al ojo de la tormenta" de la que habla Saul Bellow.

Escritores como Salgari y Verne parecen haberlo comprendido y crearon mundos exóticos desde el sedentarismo. Otros como Karl May lo hicieron directamente desde la reclusión: los árabes del desierto y los indios del Lejano Oeste de sus ficciones surgieron de la cantidad de libros que devoró mientras estuvo encerrado en prisión por fraudes reiterados. La práctica de estos autores se parece a la de esa escritora inglesa que Henry James admiraba tanto porque, a partir de una escena entrevista en el departamento de un pastor mientras subía las escaleras de un edificio parisino, había sido capaz de reproducir al detalle la vida de los protestantes franceses. La experiencia, decía James, es muy relativa: tiene menos que ver con la biografía que con una "atmósfera mental", con una capacidad de percibirlo todo a partir de unas evidencias escasas.

En el relato de viaje esos términos tienen su funcionamiento propio: la experiencia no funciona sólo como bagaje privado del escritor sino que se convierte en soporte de una historia, en su anécdota. El relato cuenta el viaje de un narrador que coincide con la persona del autor que lo ha experimentado (o al menos pone en funcionamiento los recursos como para que así parezca, tal como hizo el incógnito Sir John Mandeville para narrar sus crónicas medievales o como –según postulados recientes– hizo Marco Polo para narrar la China que nunca vio). Los escritores viajeros –o los escritores en viaje– hablan de lugares, pero en el fondo siempre cuentan la misma historia: a veces no hay relato posible sin la experiencia del movimiento. Sólo la partida es capaz de conjurar el pánico a la página en blanco.♣

EN OBRA



La escritora mexicana Elena Poniatowska declaró que actualmente escribe una nueva novela sobre el significado de la ciencia en un país del Tercer Mundo. Poniatowska, de 68 años, habló del tema en una entrevista publicada en el diario *Reforma*. Sin embargo, advirtió que todavía le falta como la mitad, "pero espero poder dedicarme sólo a ella ahorita que terminé con otros compromisos. Espero que sea buena, pero no espero que sea una obra maestra". Poniatowska agregó, asimismo, que con el paso del tiempo se ha convertido en una autora prácticamente obsesionada con la corrección de sus textos, además de escribir cada vez más pausado que antes. "Yo escribía con una gran inconsciencia y rapidísimo y con una enorme facilidad, y ahora corrijo muchísimo. Creo que quedó todo mal", indicó la autora, que alterna su carrera literaria con el periodismo. Entre sus novelas se destacan *Hasta no verte Jesús mío, Querido Diego, Te abraza Quiela, La flor de Li* y *Tinísima*.

ULTIMO AVISO

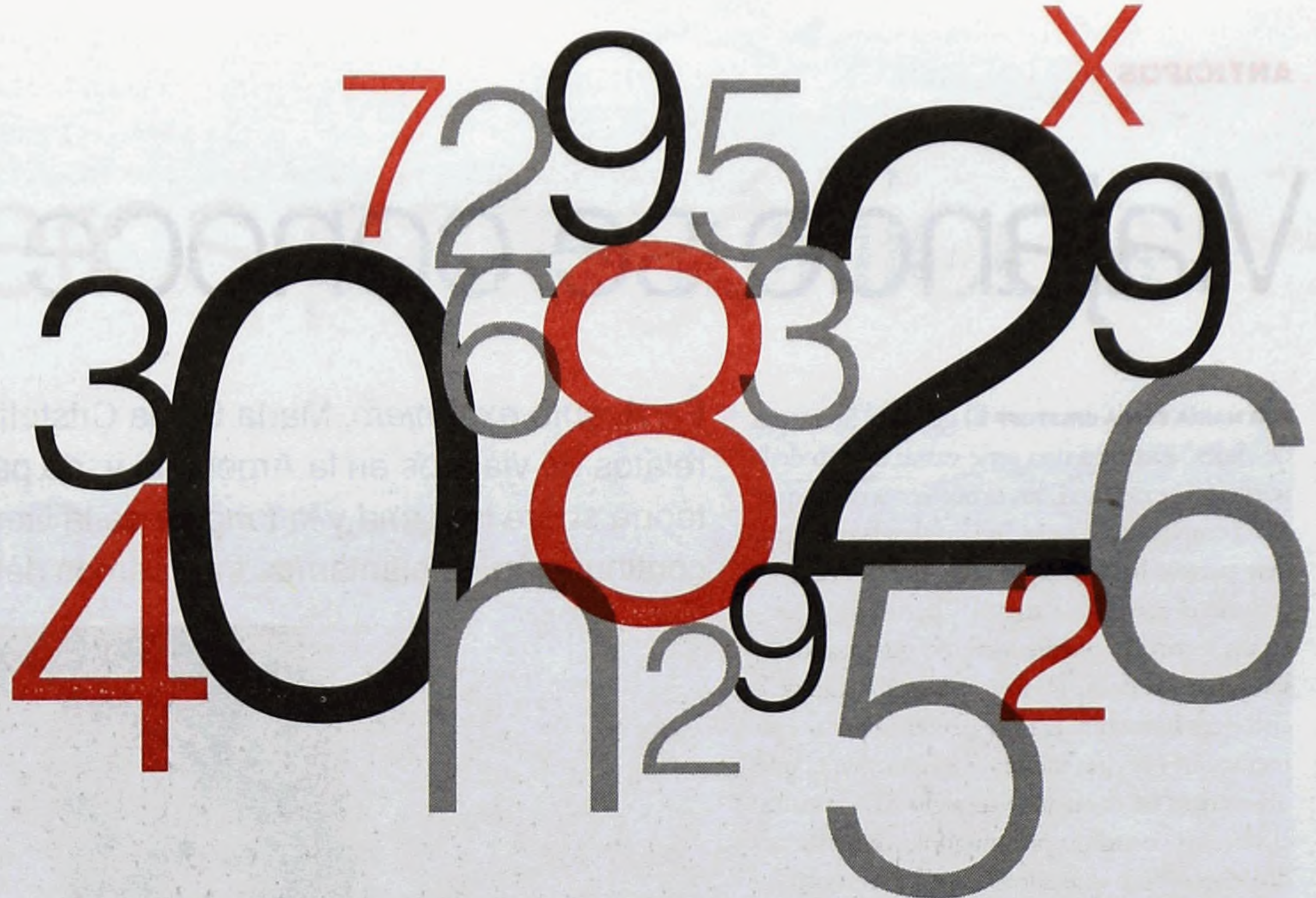
Algunos títulos de setiembre para no olvidar.

BOTANICA DEL CAOS. *Ana María Shua (Sudamericana)*. "La habilidad de Shua para destilar una forma narrativa que es, a la vez, paradoja, fábula y enseñanza moral a contrapelo de las buenas costumbres, ahora se vuelve de una eficacia depredadora" GUILLERMO SACCOMANNO

EXAMEN DE RESIDENCIA. *Eduardo Muslip (Simurg)*. "Si Muslip se siente ante este *Examen de residencia* tan desvalido (o tan abandonado, o tan perdido) como la protagonista del cuento que lleva el mismo nombre, habría que apresurarse desde ya a garantizarle que ha aprobado con creces el examen" DANIEL LINK

RIPLEY BOGLE. *Robert McLiam Wilson (Tusquest)*. "*Ripley Bogle* (publicada originalmente en 1989) fue el comienzo de la solitaria cruzada de McLiam Wilson por hacer que los miserables de este mundo se rían del resto, por pensar el humor como la forma más elevada de comprensión. McLiam Wilson decidió echarse encima toda la tradición de la sátira británica y salir indemne, corrosivo y liviano a la vez, como su joven protagonista" DOLORES GRAÑA

INTERSECCIÓN



Contra la tiranía del número

Dos novelas recientes, *El tío Petros y la conjetura de Goldbach*, de Apóstolos Doxiadis (Ediciones B), y *El teorema del loro*, de Denis Guedj (Anagrama), coinciden en tematizar las relaciones entre preocupaciones literarias y matemáticas.

POR PABLO VIGNONE La aparición simultánea de dos novelas cuyo tema central es, más que las matemáticas, el continuo desafío desigual entre el David del común, desnudo con su intelecto, contra el Goliath axiomático y arduamente demostrable, invita a echar un vistazo sobre el papel que la ciencia de la exactitud cumple en la sociedad postecnológica y el que se reserva para sus consecuencias prácticas. Porque tanto en *El tío Petros y la conjetura de Goldbach*, del griego Apóstolos Doxiadis, como en *El teorema del loro*, del francés Denis Guedj, lo que subyace es una valoración humana de la preocupación matemática, lo que la teoría rescata del inquebrantable espíritu humano por saber y difundir, escrita en cifrado narrativo.

Es significativo que una ciencia tan exclusiva como la matemática sea objeto central de dos piezas literarias disímiles en intención y resultado, pero especulares desde la vocación. Los autores pueden ser novelistas, seguro, pero ante todo son matemáticos: Doxiadis se graduó en la Universidad de Columbia antes de dedicarse al cine y a escribir novelas, y Guedj también ha sido todo eso y un poco más .-actualmente es profesor de Historia de la ciencia en la Universidad de París–, después de sacar patente de matemático.

Ellos conocen desde adentro la disociación fundamental de la matemática, en la que el producto ha sido alienado, y la historia empírica de su productor negada o escamoteada, y buscan, cada uno a su manera, reparar esa brecha con historias que giran en torno de los números y la construcción científica, pero tratando de hacer eje en la arista sensible de sus personajes, en lo que sienten tanto como en lo que piensan. Eso, aunque no siempre lo logren con fidelidad.

El tío Petros cuenta la historia del profesor Petros Papachristos, que ha dedicado toda su vida intelectual a resolver uno de los dos problemas matemáticos más insignes que aún quedan en pie, la conjetura de Goldbach, formulada por el suizo Christian Goldbach en el siglo XVIII: "Todo entero par mayor que dos es igual a la suma de dos números primos" (el otro es la hipótesis de Riemann; el tercer gran problema, la conjetura de Fermat, fue resuelta por el británico Andrew Wiles en 1993). La clave autobiográfica de la novela revela cierta impericia para sustentar un interés literario, y por momentos la obra se lee como un vulgar tratado de historia moderna de la teoría de los números. Por supuesto, Petros no demuestra si la conjetura es verdadera o falsa, pero eso se podía adivinar casi desde el comienzo.

El teorema del loro propone un doble enigma, a partir de un planteo inicialmente policial. Un amigo de Ruche, el protagonista, le envía desde el Amazonas una monumental biblioteca de obras clásicas matemáticas, pero ese envío es tan misterioso como la suerte del benefactor. Ruche vive con una familia tan extraña como el planteo, y con ellos un loro, Sinfuturo, que participa del desafío intelectual que significa desentrañar el supuesto crimen rastreando pistas en la historia de la matemática... Hasta que una banda de traficantes secuestra a Sinfuturo y las dos pistas se encauzan en un solo meandro discursivo.

La trama parece una pantalla perfecta para repasar el devenir de la ciencia desde antes de Euclides hasta los esfuerzos por develar a Fermat pero, aunque escrita en un nivel narrativamente más rico que *El tío Petros*, no puede evitar convertirse por momentos en un tratado que se lee salteando páginas, didáctico pero tratado al fin, que al lector poco empapado en cuestiones como ésta acaso le resulte tedioso, por más que Guedj salpique su obra con recetas de cocina, descripciones parisinas, diarios de viaje o gotas de *suspense*.

Son novelas de ideas, pero de ideas de otros. Se juega con ellas, aunque sin manipularlas. De hecho nadie puede aventurarse más allá porque ellas son indiscutibles: ésa es la gran diferencia que hay entre la ciencia de los números y, por ejemplo, la política: lo que impide que, todavía, haya aparecido una gran novela matemática. Siempre y cuando se admita que pueda haberla, lo que, vista semejante imposibilidad dialéctica, parece dudoso.

Sin embargo, lo rescatable de estas obras es su afán por rescatar el valor alquimista del matemático, que desde su individualidad de lápiz y papel intenta desenterrar un conocimiento que no sólo está oculto sino del que, además, puede sugerirse que parezca improbable su existencia. Una empresa vista como un crucial desafío para una era individualista: porque poniendo a la matemática en el gran papel protagónico, los autores intentan despegarla de su función utilitarista, función que sólo sirve para describir en clave estadística pero que resulta inadecuada para interpretar eficazmente lo que sucede.

Guedj escribe: "Ruche vio hasta qué punto las verdades matemáticas podían ser, filosófica y también políticamente, una escuela de aprendizaje contra el absolutismo del pensamiento", y en realidad lo que está describiendo es eso, hasta qué punto la verdad de la matemática en clave literaria ayuda a combatir la tiranía de la matemática como herramienta de control y dominación. Aunque el experimento de humanizar los beneficios de esta ciencia no devenga en éxito absoluto para ninguno de estos dos autores.♣